

Distancia de lo real en literatura

Renée Soto del Castillo

“Habiendo sido la niñez del escritor y su adolescencia **tiempo de revelación**, toma de conciencia del mundo que se despliega como una inmensa flor que se abre, supone su tránsito por el estadio de la formación intelectual partiendo de la base indelegable de su individualidad. Viene así del cauce existencial que ha de ser luz en su conciencia que cuanto más avanza, más se ve.

“El escritor analiza y se sustenta, halla matices y razones de su propio drama o de su recreación que serán fuente originaria de su labor. Con la imagen retrospectiva implícita en sí misma pone en marcha emoción y nostalgia, pesadumbre, amor, risa y lamento. Como si fuese trazando un cuadro completo en tiempos del pasado, del presente, del futuro presentido con colores que acentúan su esplendor en los detalles que aparecen en su ingenio creador.

“De allí han de partir las diferencias temáticas, las predilecciones que orientarán su acción, el estilo que lo define y lo hace diferente, es decir, no igual al otro.

“En el proceso creador entran en juego tantos elementos concordantes entre sí que es imposible hallar trazos iguales, También es discontinuo el ritmo casi orgánico que da vida a la obra. Que se ha de comportar como si hubiese nacido de una sangre diferente hasta de su propio hermano. Por ello sería lícito pensar que un acto creador tiene **sentido** cuando es la encarnación de una realidad que va más allá de él, pero que no se puede aprehender fuera de él.

“La sonrisa de la Gioconda nos podría afirmar que **no quiere decir nada** pero que tiene **sentido**: pues merced a la Gioconda se realiza la extraña mezcla de misticismo y naturalismo, evidencia y misterio que caracteriza al artista de ellos mismos. Sabe, gracias a esta perfecta originalidad y a la verdad de los rasgos característicos, interesarnos por asesinos así como por mendigos y bufones. Del mismo modo desarrolla sus caracteres trágicos. Son éstos, personajes individuales, reales, inmediatamente vivos. Y, sin embargo, cuando parece necesario, tienen una elevación y una energía tan sorprendente, su lenguaje muestra una sensibilidad tan profunda y un brillo tal de imaginación, sus figuras y sus comparaciones brotan con tanta espontaneidad como los rasgos de una elocuencia no académica sino del corazón, y como la expresión del carácter, que a causa de esta alianza de vitalidad y de grandeza interior, ningún poeta dramático, entre los modernos, puede compararsele. En efecto, Goethe, en su juventud, se ha esforzado por alcanzar esta verdad y esta naturalidad, pero sin poder llegar a aquella energía íntima y a aquel carácter elevado de la pasión. Schiller, a su vez, ha caído en una violencia, cuya expansión impetuosa carece muchas veces de verdadera savia.

“Una **segunda** diferencia, en los caracteres modernos, consiste en su firmeza o su indecisión. La debilidad de la indecisión, las irresoluciones que nacen de la reflexión, el análisis de los motivos según los cuales la voluntad ha de dirigirse, aparecen, en verdad, ya entre los antiguos en las tragedias de Eurípides, pero, precisamente, Eurípides abandona la grandeza y la sencillez plásticas que distinguen a los caracteres antiguos, para pasar al patético sentimental. Ahora bien, en la tragedia moderna se encuentra frecuentemente semejantes figuras irresolutas y vacilantes, y en particular, de tal manera que encierran en sí mismas una doble pasión que lanza al alma de una resolución o de una acción a otra. Me limitaré aquí a añadir que, si la acción trágica debe girar alrededor de una colisión, sin embargo la introducción del debate en el alma de un solo y mismo

personaje trae siempre consigo algo muy aventurado. Porque la perplejidad de una alma dividida entre intereses contrarios tiene su principio en la oscuridad de las ideas y en la confusión del espíritu, en parte también en la debilidad, si no en la falta de madurez del carácter. En las producciones de la juventud de Goethe se encuentran algunas figuras de este género: Weisseligen, pro ejemplo, Fernando en *Stella*, pero ante todo Clavijo. Son naturalezas dobles que no pueden llegar a una individualidad completa y firme. Otra cosa ocurre cuando un carácter, por lo demás seguro de sí mismo, se encuentra en frente de dos esferas de la vida, de dos debates igualmente sagrados, y se ve no obstante forzado a escoger al uno con exclusión del otro, porque entonces la irresolución es sólo una transición y no constituye el fondo del carácter

“De otro género también es ese caso trágico en que un alma, a despecho de su mejor voluntad, se extravía momentáneamente en los caminos de una pasión opuesta a su objeto (como, por ejemplo, *La doncella de Orleáns* de Schiller) y entonces debe librarse de esta escisión interior o perderse en ella. Y todavía este patético sentimental de los combates interiores, cuando se hace de él una palanca trágica, ofrece, en general, algo aflictivo y penoso, o produce enojoso efecto. Así, el poeta obra mejor evitándolo que buscándolo, y sobre todo que desarrollándolo con complacencia.

“Pero lo peor es que una incertidumbre semejante y una tal contradicción del carácter y del hombre entero se tomen sofisticadamente por la base de toda representación, y que la verdad moral haya precisamente de consistir en mostrar que ningún carácter es en sí mismo y seguro por sí mismo.

“Los fines exclusivos que persiguen las pasiones y los caracteres particulares no deben, en efecto, obtener una satisfacción completa. Así, hasta en la vida real, los obstáculos se encuentran, la resistencia de los personajes opuestos, son un testimonio suficiente de los límites y de la debilidad de la naturaleza humana. Pero esta solución que forma el verdadero desenlace no debe ser, en cierto modo, introducida en el carácter mismo del personaje como un ropaje dialéctico. Ese personaje no es entonces, como la idea que representa, más que un símbolo abstracto y vago.

“Es menester conocer la vida para poder representarla en las obras de arte. No representarla en forma escolástica, muerta, ni sólo como una realidad objetiva, sino como la realidad en su desarrollo revolucionario”, dirá Ivanov. Es que para él la obra vale por su contenido positivo. “Es un bloque de futuro caído en el presente, en algunos años, al juicio que nos haremos de nosotros mismos”.

Es menester aceptar que hay una geografía del pensamiento. Así como un provinciano, donde quiera que vaya, tiende a relacionarse con algún detalle de su vida individual, de la misma manera, todo movimiento del espíritu acerca o aleja el lugar original. Lugar del que se parte siempre, en un viaje con retorno como un “flechazo en el azul” que se pierde en el universo y renace como un hálito. En la intensidad de la frase está la magia del sentido mítico de la palabra. “*L’art pour l’art*” es un mero juego de vocablos, es un éxtasis letal sin alma y sin calor.

Ésta y muchas razones responden al hecho de que un escritor americano **no pueda** escribir una novela que se desarrolla en el Asia, pues su tarea narradora, por más sabiduría teórica que tenga, tropezará con la inclemencia del tiempo que rodeará el acto de escribir.

Su metodología de trabajo, por más perfección técnica que posea, difícilmente pueda penetrar en la idea central que marca el punto de fuga para la distribución de imágenes y pensamientos.

El escritor se corresponde consigo mismo siempre, con su pasado y su presente, y con su lugar geográfico que no consta únicamente del paisaje circundante sino del aire, los olores, los colores, el

ánimo propicio, ese misterio que conduce el hilo medular de la creación. Nadie escribe sólo con la imaginación aunque la carga de talento sea enorme; nadie, naturalmente en el campo de la creatividad. No así en el campo científico, donde el individuo conduce mediante hipótesis, deducciones e intuición.

La idea y la palabra recrearán el espíritu vital de la obra en elaboración. La intensidad y tensión que el escritor es capaz de conseguir a través de su intento narrador es, como decía Cortázar, lo que nos permite acercarnos mejor a la estructura del relato.

Es cierto que el escritor que nace en el paisaje agreste tiende a hablar de él. Y aunque no sea su intención nombrarlo, en sutiles giros, en expresiones muchas veces mínimas, se manifiesta y se define. Y cuando se propone hablar de él es como el ave a cielo abierto, palpita en las palabras. Y aunque el proceso evolutivo de su vida lo haya habilitado para compartir otros ambientes, el entusiasmo con que elabora su tarea se advierte en el conocimiento de su tema, en ese **tener algo que contar** como decía Unamuno; en el empeño por explicar qué pone dentro de la escena cuando se encierra en ella como en una pieza, bajo llave. Y aunque trate de negar su procedencia no puede dominar que salten las esquirlas de su asado natural, el aire inevitable de su tierra.

Si bien es válida la idea de que **toda literatura es ficción**, la actividad creadora parte de un sustento real. Como la Historia Antigua que se aprende en la adolescencia y forma el contrapiso de la posibilidad contemplativa del hombre, la visión del mundo y de las épocas, la labor creadora ve, en sueños y en recuerdos, los episodios de su tiempo, de su vida, como vería una película de rodaje intenso. Y toda esa carga incorporada en su mente y en su espíritu, será su guía. Modera, transforma e inventa con el deseo y la imaginación episodios que están registrados en el subconsciente. Mixturados con las ideas que trascienden en el gran proscenio de la vida, en el ingenio que permite al individuo el difícil y complejo arte de pensar y transmitir con la **palabra**. Ejecutar el pensamiento sin perder sus miras estéticas y convincentes, Y así, quien ha habitado la montaña surgirá entre los peñascos con su lira y con su canto. Armonizará los ecos, conocerá el olor del viento y el silencio de la roca. El aleteo del vampiro, la cima y el desfiladero, el precipicio y la nostalgia.

El llanero derrochará colores, lagunas y distancias, amará y hablará de su caballo, de la naturaleza alegre y tornadiza, del pasado intenso como la vastedad que lo circunda, de pájaros e insectos.

El metropolitano hablará en la ciudad, de sus peripecias y ventajas, de las complejidades de la vida urbana, del trastorno creciente que sufre en su avance hacia la mitificación. Y así, planeando sobre multitudes, entre angustias e impaciencias, emprenderá su vuelo lírico. Y llegará a las profundidades del instinto y la razón desde la claridad en el espacio del que descenderá después hasta al hueco del abismo para llegar al **hombre universal** persiguiendo el absoluto que, como un filón de luz, será intangible siempre.

Juan Rulfo dijo que “El novelista es siempre autor de un solo tema”. Tema que sobrevuela el campo de su ingenio y creatividad.

Es cierto esto. Aunque las peripecias narradas sean diferentes en cada composición, siempre hay un céfiro constante, una respiración que une como un cordón umbilical el espíritu constante el autor.

Aunque se dé por establecido el estilo donde giros y vocablos conforman la imagen individual del escritor, palpita ese hálito continuo que configura su alma, el tema único que mixtura la naturaleza y la leyenda.

El **creador** se introduce, inevitablemente, en ese mundo compartido con la realidad y la esperanza, la imaginación y el ansia, los duendes y fantasmas, las desventuras y placeres.